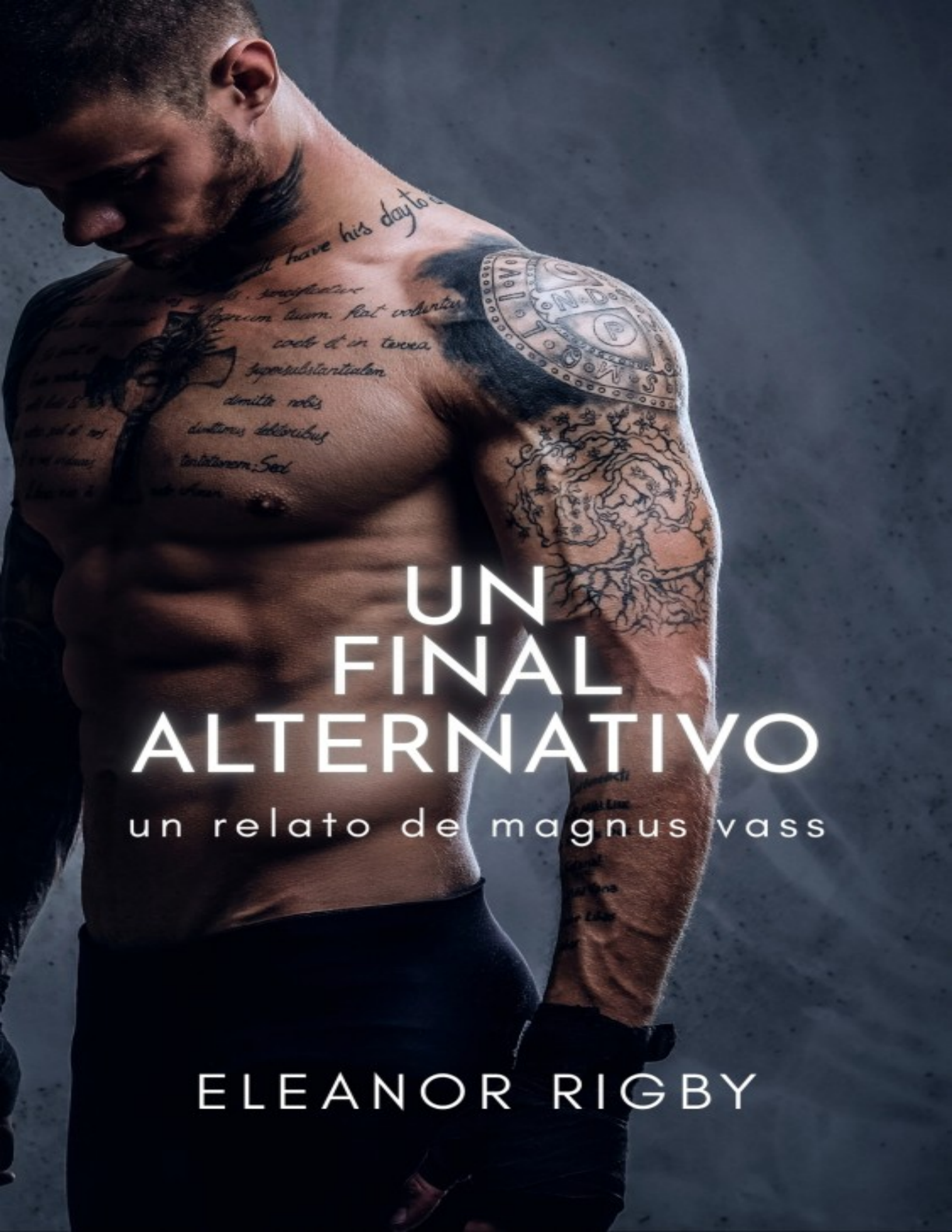


UN FINAL ALTERNATIVO

un relato de magnus vass

ELEANOR RIGBY

Un final alternativo

Un relato relacionado con la saga *Fuego y Sangre*

Eleanor Rigby

Supongo que, cuando cumples una cierta edad, ya no tienes derecho a ponerte exigente en según qué ámbitos. A lo mejor en la oficina te está permitido solicitar un aumento de salario por acumulación de trienios, y tal vez en la consulta del médico puedas —*y debas*— pedir que las revisiones ginecológicas y mamografías se te realicen anual o bienalmente en lugar de jamás de los jamases. Pero, por lo visto, no estás en posición de criticar que tu cita para este catorce de febrero no se haya ofrecido a recogerte en la puerta de casa, llegue media hora tarde al restaurante y se equivoque al tartamudear tu nombre cuando se abalanza, sudoroso, a plantarte un beso en cada mejilla.

—Hola, Layla. ¿Qué tal?

No es buena señal que lo primero que piense cuando le devuelvo la sonrisa sea: «Si tuviera quince años menos, podría haber cogido mi bolso y haberme largado a las ocho y treinta y cinco minutos. Si tuviera quince años menos, podría haber rechazado de entrada su humillante invitación a tomar unas copas, porque todo el mundo sabe que un hombre que te invita a unas copas y no a un restaurante quiere una superficie lisa y preferiblemente femenina sobre la que correrse de vez en cuando —o solo esta noche—, no una compañera de vida».

Por suerte o por desgracia, no tengo veinte años, que es la media de edad que barajan los solteros de Los Ángeles tanto cuando buscan novia como cuando andan a la caza de una amante y, por ende, la edad en la que te puedes consentir indignados golpes de melena cuando tu cita no está a la altura.

(O sea, te los puedes consentir siempre porque estos son los Estados Unidos de América. Pero no esperes que el tipo te siga balbuceando disculpas y te mande flores al trabajo al día siguiente).

¿Y si no son veinte, cuántos son? Pues cumpliré treinta y seis en primavera. Eso todavía se considera joven y deseable para a) tu madre, b) las personas mayores de treinta y seis que se aferran con garras y dientes a la juventud —*¡si yo estoy en la flor de la vida, tú más!*—, y c) las mujeres que buscan su segundo hijo.

Por otro lado, a los treinta y seis es demasiado tarde para a) conseguir un bono de tarifa reducida para el transporte público, b) entrar en los museos europeos sin pagar, y c) hacer carrera deportiva.

De cara a la opinión masculina, creo que te consideran joven a mi edad si a) te has hecho un *lifting* facial —dicho de otro modo, no los aparentas— y b) no tienes hijos.

Resulta que todavía no he puesto un pie en la consulta del cirujano plástico y arropo cada noche a un niño que empieza a adentrarse en la adolescencia.

Me temo que a ojos de los solteros de mi quinta ese es el equivalente a la premenopausia.

«Leilani, cielo, esta no es la actitud con la que afrontar una cita».

No, no lo es. Pero en el último año he conocido a suficientes sujetos para captar al vuelo si me voy a divertir o si la quedada va a ser un rotundo fracaso. Tengo una amiga que me llama bruja por mi inusitada habilidad para sentir e interpretar con anticipación las vibraciones del ambiente; para predecir el futuro, incluso. Otra me tilda de pesimista y asegura que si vuelvo a casa de mal humor es porque salí temiéndome lo peor; porque perpetúo lo denominado «profecía autocumplida», vamos. Mi exmarido me habría dicho, dependiendo del día y del estado de nuestra relación, o «No estás contenta con nada» o «Es que no hay un solo hijo de puta en toda la Costa Oeste que pueda merecerte. Me incluyo en el grupo, por cierto».

Menos mal que mi cita elige este preciso momento para devolverme a la realidad, porque lo que desde luego se cumple cada una de las veces con la precisión de una profecía es que si pienso en Magnus, me pongo histérica, me deprimo o ambas a la vez.

—¿Qué quieres tomar?

Procurando que no se note que me irrita que no me haya sujetado la puerta para pasar y no haya retirado mi taburete, galanterías que rara vez suman pero cuya ausencia siempre resta, me siento a su lado frente a la barra de mármol negro.

—Un Manhattan, por favor.

—Chico. —Chasquea los dedos en la cara del camarero—. La has oído, ¿no? Para mí una cerveza.

El barman debe estar acostumbrado a que lo traten como a un perro, porque se dispone a preparar mi cóctel en lo absoluto afectado por el menospreio.

Miro de reojo a mi acompañante notando los calores de la vergüenza ajena agolpándose en mi nuca.

No se dirige con respeto a los empleados y pide lo más barato de la carta. No para de mover la pierna, y puede que sea porque sufre de ansiedad, pero lo más probable es que lo haga porque ya anda impaciente por marcharse. Por experiencia sé que, si un tipo no te dice que estás preciosa nada más verte, es porque no le has gustado.

Este no tiene ni la educación de fingir lo contrario para amenizar la velada.

Aliso las arrugas invisibles de mi vestido, estampado pero no llamativo, ajustado pero no corto, palabra de honor pero no escotado. Es nada menos que un Balmain de dos mil quinientos dólares —lo compré en rebajas por la mitad—, pero quien no entienda de moda solo pensará que el tul forrado color crema y el diseño del dibujo, una réplica de la capilla Sixtina, favorecen mi colorimetría y mi figura.

He patentado el concepto de modelito cuidado pero no esforzado, y, aun así, no se podrá negar que me haya tomado molestias para la ocasión. Ponerme esta cara y calzarme este vestido me ha requerido horas y horas de estudio previo y variar una infinidad de combinaciones frente al espejo, y eso que ni el tipo me va o me viene como para preocuparme en exceso de su opinión, ni soy una enamorada del amor a la que le apasionen los rituales previos a una cita. Es más, desde que volví oficialmente al mercado —he estado en el mercado de forma no oficial, de extranjis; en una forma fantasmal

y también solo para poner celoso a un hombre— no he hecho sino aborrecer la idiosincrasia del mundo de las citas, incluido el cansino ritual de preparación.

Pero antes muerta que apareciendo con unos vaqueros.

Nunca sabes a quién te puedes encontrar.

—Este sitio tiene que ser carísimo, ¿no? —comenta en voz alta. Debe de sentirse un colmo de generosidad dejando de admirar la decoración japonesa del local y girando el taburete para encararme: «Mírame, te estoy prestando atención». Esboza una sonrisa que pretende ser encantadora, y no, no le queda mal, eso lo admito—. Por una vez, salve. Es San Valentín, al fin y al cabo.

El recordatorio me hace asentir con inevitable resignación y aferrarme a la copa del Manhattan en cuanto me lo sirven sobre el posavasos.

Hubo un tiempo en el que San Valentín significaba algo para mí. Espera, no, no es que significara algo para mí; es que, para empezar, no tenía que echarme a la calle con un frío que pela para entretener la conversación de un tipo que no es ni lo bastante guapo ni lo bastante interesante, con énfasis en lo segundo porque a mí la belleza nunca me ha impresionado especialmente. Me consuela pensar que no importa si mi San Valentín solía estar lleno de regalos, pétalos de rosa, deliciosas borracheras de vino tinto y sexo, sexo a raudales, sexo del que te hace nombrar a Dios con la boca llena de alabanzas. Al final, a todas nos pasa que, con el correr de los años y con independencia de que se mantengan las costumbres vamos perdiendo la ilusión por las fechas señaladas en el calendario.

También Acción de Gracias, Navidad y el catorce de julio significaban algo para mí.

Pero ya no.

Por eso estoy aquí. Porque quiero volver a sentir algo.

Hago un esfuerzo por sonreírle a Jay, creo que se llamaba, y me inclino hacia él acercando mi copa a su botellín de cerveza.

Lleva la camisa celeste arrugada, pero debajo del cierre de la muñeca asoma el brote de vello oscuro del brazo. Recuerdo ahora por qué deslicé hacia la derecha cuando me salió una foto suya en la *app*: porque me gustan los hombres grandes y con pelo. Por

desgracia, también me gustan los hombres que te hacen —o solo te devuelven— las preguntas, y Jay denota no ser mi tipo cuando contesta cómo le ha ido la semana y se sume en un silencio incómodo con la vista clavada al frente.

—¿Y la vida? —insisto con una ligera ironía, la de alguien que empieza a cuestionar por qué la han invitado a salir si no piensan hacerle ni puto caso—. ¿Cómo te ha ido la vida?

Jay me mira como si acabara de plantarme en la cabeza un sombrerito de papel de aluminio para desarrollar teorías conspiranoicas.

—No querrás que te cuente todo lo que me ha pasado desde el principio, ¿no?

—Tengo entendido que eso es lo que se hace en las citas, pero no descarto que me haya oxidado y ahora las quedadas se planteen de otro modo.

—¿Oxidado? ¿Hace mucho que no sales?

Me lanza una mirada rápida de arriba abajo, de pronto interesado. Sé por qué. Sé qué es lo que ha pensado: «Ah, una mamá cachonda y desesperada por atención masculina. ¡Con eso puedo hacer maravillas!».

—Lo cierto es que soy un usuario muy activo en las *apps* —respondo para su inmensa desgracia. En las citas hay numerosas reglas no escritas pero que han recibido la conformidad de la mayoría de sus adeptos, y una de ellas es evitar mencionar a terceras personas: no solo a tu ex, sino a tu último ligue, y no se diga ya a tus ligues *simultáneos*. Me salto a la torera la norma con tal de borrarle la expresión de salido—. Me gusta conocer gente.

—Muy activa, ¿eh? ¿Y no has encontrado a nadie aún? —inquiere en tono inocente, acercándose el botellín a los labios.

Ahora echo de menos cuando estaba callado. A veces se me olvida que algunos tipos nunca te devuelven una pregunta porque solo saben decir gilipolleces ofensivas.

Estoy abriendo la boca para contestarle una fresca cuando el destino me recuerda, y del modo más contundente posible, por qué llevo un par de años esforzándome por encima de mis posibilidades para hallar al hombre adecuado. No «perfecto», no «de mis

sueños»; solo *adecuado*. Las inmensas puertas del *lounge bar* se abren para cederle el paso a él, nada menos que a Él, la indiscutible sensación del bloque. No viene solo, pero no porque no sepa estar solo, sino porque los demás no saben estar sin él, y eso bien lo sé yo. Lo sé tan bien, de hecho, que nadie podría culparme si fuera por ahí predicando que el conocimiento o el saber que proporciona la experiencia no solo no es constructivo, sino que es lo más nocivo que existe.

A veces hay que abrazar la dulce ignorancia.

En lo que a Magnus Vass respecta *sobre todo*.

La última vez que lo vi fue a las puertas del hospital, donde tomó un taxi en plena posesión de sus facultades para regresar a casa. Sé, porque mi hijo tuvo a bien chivármelo —como siempre tiene a bien mantenerme informada de cada paso que da su padre—, que allí pasó una semana más recuperándose de la grave lesión que podría haberle costado la vida, pero que al final solo le valió unos cuantos meses ingresado y renunciar a llevar el pelo largo.

Por supuesto, podría haberlo dejado crecer y tapar hábilmente la gruesa cicatriz de la delicada cirugía cerebral a la que lo sometieron. Pero, como se trata de Magnus Vass, esconder hasta qué punto la mala hierba nunca muere jamás fue una opción: tenía que lucirla en todo su esplendor con un rapado más digno de delincuente que de lo que es, un empresario de la industria automovilística.

No solo no le importa que le pregunten qué le pasó o le lancen miradas curiosas desde la otra punta de la sala, sino que se extiende contestando alegremente mentiras cada vez más detalladas.

Es lo que le conviene. La historia de su lesión es, y no exagero, un secreto de estado.

Uno que no me ha contado ni a mí.

Verlo entrar sano y sonriente, cogido del brazo de una mujer que le saca una cabeza sobre sus tacones de vértigo, me hace agarrarme a mi bolso de mano como si quisiera arrancarle las costuras.

Si a estas alturas me siguiera molestando que mi exmarido se paseara por Los Ángeles con una beldad, estaría jodida. No; sería la persona más jodida del universo, porque Magnus siempre ha tenido conexión directa e ininterrumpida por todos los canales —móvil,

tierra, mar— con cuantas mujeres bellas habitan el estado de California. Lo que me molesta en realidad es tener que rendirme de nuevo a la evidencia de la que llevo huyendo desde que lo conocí: nunca voy a encontrar a alguien que sea solo la mitad de hombre que él, y es curioso cuanto menos porque estoy hablando de un tipo que es un desvergonzado.

Pero también es la caballerosidad que ya no queda. En otro sujeto, abrirle la puerta a su acompañante y retirar el taburete para que se siente se vería como un gesto automatizado o una cortesía trasnochada, pero quien emprende estas acciones ahora, ante mis ojos, es un hombre tatuado hasta el borde del pecho que sonríe como un pirata y no teme avergonzarte nada más cederte el paso susurrándote una barbaridad al oído simplemente porque «sentía que debía decirlo». Asimismo, el gesto de pedir por ella podría verse arrogante y hasta machista para algunos sectores liberales, pero lo hace porque la conoce mejor de lo que la mujer se conoce a sí misma, y ¿cómo te vas a ofender con alguien que a los cinco minutos de meterte en su coche ya te ha ruborizado hasta las orejas recitándote por orden alfabético todos los halagos que constan en el diccionario?

Que no se me malinterprete. Si me casara con Jay, que Dios no lo quiera, estoy segura de que sería mejor marido que Magnus. Pero cuando se trata de tener una cita, no hay quien le gane a ese cabrón. Por eso sueño con saltarme el protocolo de quedadas e ir directamente al grano con un hombre más o menos decente: porque ya he tenido suficientes citas de ensueño. Lo que ahora quiero experimentar es de otra índole.

Toman asiento, para mi desgracia, en diagonal con respecto a mi posición. Como la barra tiene forma de «U» y no hay nadie más aparte de nosotros cuatro, es cuestión de tiempo y no de azar que Magnus se distraiga un segundo de la, por lo visto, estimulante conversación de su compañera y coincida con mi mirada, que rezo para que no intuya presa del aburrimiento.

Pero claro que la intuye así, porque estoy aburrida como una ostra y él no solo sabe quién soy, sino que también sabe *cómo* estoy. Incluso si no puede verme. Por desgracia para él, yo también sé

quién es y cómo está, y reconozco cada una de las emociones que reconfiguran su expresión al coincidir con mi mirada: primero, un pequeño sobresalto, porque todavía tengo el talento único de incomodarlo; luego, la calidez de la grata sorpresa, porque él todavía tiene el talento único de ver mis virtudes y no mis ofensas. Después, sus traviesos ojos verdes se pasean por mi torso para radiografiar la prenda que me cubre, de la que sin duda sacará conclusiones acertadas: *ah, sí, el Balmain de dos mil quinientos euros. Se lo puso para el cóctel de la preboda de Daniel y Craig y yo solo se lo levanté, no se lo quité, cuando me la follé en el almacén*. *Ella sí se lo quitó, no se lo levantó, para arrojármelo a la cara en el dormitorio cuatro horas después para reprocharme que hubiera flirteado con la camarera. ¡Yo no estaba flirteando con la camarera!*

Sí estaba flirteando con la camarera, pero esa es otra historia.

A continuación, y para poner la guinda al pastel, su mirada esmeralda vuela hasta posarse en mi acompañante. Como encuentra a las mujeres, todas ellas, mucho más interesantes, no le dedica demasiada atención. Me hace saber lo que opina del conjunto de la escena volviendo a clavar la vista sobre mí, ahora con un brillo socarrón que sin embargo no basta para disimular su fastidio.

Lleva toda la vida negando que sienta celos. Se considera por encima de esa «costumbre obsoleta», ese «vicio neandertal», esa «falta de originalidad» o como le dé por llamarlo, pero puedo asegurar que es una enfermedad que yo le pegué como la varicela y de la que nunca ha terminado de curarse.

Arquea las cejas castañas, como castaños eran sus rizos de Tom Jones antes de raparlos, y apoya la barbilla sobre la mano para pestañear varias veces en mi dirección, como diciendo: «Conque una primera cita, ¿eh? ¡Qué mona!».

Cuando has convivido con un hombre diez años de tu vida, no te cuesta ni reproducir su voz para tus adentros ni la entonación guasona con la que se pronuncia.

Finjo que no lo he visto, una grosería que me reprochará en cuanto pueda, y centro toda mi atención en el despistado e invariablemente aburrido Jay, que tamborilea las uñas contra el botellín casi apurado.

—¿Quieres otra? —me apresuro a preguntarle—. Yo invito.

Si Magnus me oyera, rompería a reír con esa potencia de huracán que tiene en los pulmones pese a haberlos machacado fumando verde o marrón durante la adolescencia. Por suerte, lo he dicho muy bajito, y Jay, a sabiendas de lo bochornoso que es aceptar el dinero de una potencial amante en la primera cita, es discreto al asentir.

Aborrezco mi ridícula sensación de victoria. Que haya aceptado no significa que anduviera desesperado por una excusa para seguir pasando el rato conmigo, sino que no me encuentra tan insoportable como para negarse a un atractivo soborno. Aun así, me aferro a esta nota positiva como si me fuera la vida en ello, porque lo que no voy a hacer ni por asomo es despedirme a las nueve menos cinco de la noche delante de mi exmarido y su nuevo pimpollito.

Aunque no sería justo hablar de pimpollito. Magnus no le hace ascos a nada y eso significa que alguna que otra vez se ha dejado ver con veinteañeras, pero no son su preferencia y para muestra, un botón: le acompaña una encantadora rubia que no le teme a que la risa le marque las líneas de expresión, propias de una mujer de cuarenta y cinco, cincuenta años.

No me molesta tanto que posea un *sex appeal* brutal como que no haya sucumbido aún a la moda de agenciarse un cirujano plástico de cabecera. Semejante rebeldía denota, sobre todo en esta ciudad de plástico, un temperamento inquebrantable y una personalidad arrolladora.

Nunca me he puesto celosa del atractivo de sus mujeres. Magnus nunca las elegía por eso, o no solo por eso. Lo que me hacía un ovillo en la cama y me perseguía como un mal sueño era saberlas a su altura intelectual, lo bastante dulces para ganarse una de sus miradas conmovidas o interesantes de sobra para tenerlo callado y expectante, asintiendo a lo que le dijeran.

Como esa tía de ahí.

—¿Te encuentras bien? —me sorprende preguntando Jay. Parece ser que tiene la suficiente sensibilidad para percibir según qué emociones, porque me está mirando compasivo. Claro está, lo pregunta por si está a tiempo de rechazar la invitación y largarse—. Se te ha puesto una cara muy rara.

Inspirada por la proximidad de Magnus, las comedias románticas dosmileras que engancho una tras otra los domingos de cineclub en casa y, sobre todo, por la absurda sensación de que debo demostrar que me lo estoy pasando en grande, arrastro mi taburete hacia Jay. El azar colabora en mi propósito haciendo que me tambalee sobre sus patas y él tenga que sujetarme por la cintura para que no vuelque sobre su regazo.

Sentir la mirada penetrante de Magnus sobre mí me acelera el pulso.

—Uy, perdón —fuerzo una carcajada que creo que me queda muy sincera—. Qué torpe.

—No pasa nada —dice por educación, pero ha interpretado el resbalón como un intento de flirteo y no le ha gustado un pelo.

Esto no va a haber quien lo arregle.

Precisamente por eso decido seguir la senda de la comedia romántica.

—Mira —le digo en voz baja. Debo de emplear un tono persuasivo y misterioso, porque el primer indicio de curiosidad aflora en la expresión de Jay—. Es evidente que no te gusto y que la cita está siendo un fracaso, pero eso no significa que no podamos hacer algo divertido. Resulta que mi exmarido ha entrado hace un rato en el *lounge* y viene acompañado... ¡No te gires! O sea, puedes mirarlo, pero ¡no seas tan descarado! —lo regaño por lo bajini.

Él, obediente y por primera vez picado, finge buscar al camarero para echar un vistazo rápido a la barra paralela.

—Guau. Su chica no está nada mal... Perdona, eso ha estado fuera de lugar, ¿no?

«Tu camisa arrugada está fuera de lugar. Tu actitud en general está fuera de lugar».

—Tranquilo.

—Solo dispongo de un par de ejemplos para teorizar, pero la verdad es que tiene buen gusto —señala para enmendar el gazapo. Y no se puede decir que no lo consiga. En su respuesta y en la sonrisa modesta de la que la acompaña, advierto un vago destello del hombre carismático con el que mantuve un par de

conversaciones a través de la *app*—. ¿Quieres marcharte? Debe de ser incómodo estar tan cerca de él en plena cita...

—La verdad es que se me había ocurrido... —pongo la mano sobre el codo que tiene apoyado en la barra. Agacho la mirada hacia su mano, relajada sobre la superficie, y jugueteo con el borde de la manga— que a lo mejor podíamos... Ya sabes, jugar un poco. Como en las comedias románticas, ¿me explico? Ponernos cariñosos un ratito, solo diez o veinte minutos, y aparentar que nos marchamos juntos. —Jay me mira entre perplejo e incrédulo. Desvía la vista a la caricia de mis dedos, que delinean el trazo de los tendones del dorso antes de darle la vuelta para seguir el dibujo de la palma—. Sé leer la mano. Puedo interpretar las líneas...

Jay vacila durante el segundo en el que veo pasar el desenlace de la noche como una estrella fugaz.

Tiene la gentileza de no ser brusco, pero retira el brazo para escapar de mi caricia.

—Lo siento, Layla. —Presiona las comisuras de los labios, forzando una sonrisa—. Voy a tener que declinar. Estoy un poco mayor para estas cosas y no busco una diversión, sino a alguien con quien formar una familia. No me habría opuesto a ir a otro sitio, pero si todavía te preocupa tanto lo que piense o lo que haga tu exmarido, es obvio que aquí no hay mucho de lo que sacar.

Esta vez soy yo la que se reclina hacia atrás con una mueca de pasmo.

—¿Acaso crees que antes de que apareciera había algo de lo que sacar?

—¿Qué quieres decir?

—Lo mismo que he dicho antes: que esto es un fracaso. No has venido a recogerme, has llegado media hora tarde, no me has hecho ni una sola pregunta personal y las que me has hecho han sido de pésimo gusto. Sé de lo que hablo, hazme caso. A estas alturas soy una experta del mundo de las citas. Sois todos iguales. Os creéis que voy a soportar desaires e indiferencias porque ya no tengo veinticinco años y sí un hijo adolescente. Estáis muy equivocados. ¡Muy equivocados!

Jay se ruboriza con mi agitada respuesta. Al principio pienso que es por la indignación, pero su humildad al replicar me saca los colores.

—He llegado a las ocho y veintisiete y habíamos quedado a las ocho y media; puedes consultarlo en el chat —agrega, no con petulancia ni con el deseo de defender su honor, sino preocupado por el malentendido—. También durante las primeras conversaciones te dije que soy muy tímido, y, al verte... Me... —empieza a tartamudear— me intimidas. Creo que todo el mundo puede ver que estás fuera de mi liga. No sabía qué decir o cómo decirlo. Lo siento si te he ofendido al formular algunos comentarios de forma insensible. No era mi intención. Y no puedo hablar por los demás —añade, ahora la serenidad que conlleva haberlo dado todo por perdido—, pero estoy convencido de que en tu caso el problema no es que tengas un hijo adolescente. Te sorprendería la cantidad de hombres que hay ahí fuera dispuestos a hacerse cargo de un chaval si su madre les gusta lo suficiente.

El palazo es tan repentino e inesperado que se me olvida dónde estoy.

Me parece estar sufriendo un espantoso *déjà vu*. «Un clásico de Leila», que diría mi exmarido con su sorna habitual, y lo peor es que no le faltaría razón: «Sabotear una situación perfectamente normal proyectando tus inseguridades».

Si acaso sirve de consuelo —no sé si para él o para mí—, lo cierto es que nunca lo hago por maldad. Ni siquiera lo hago en el sentido en el que uno *hace* las cosas, es decir, con una voluntad. Me mueve una predisposición inconsciente y autodestructiva. La intento controlar por todos los medios, pero como no sé de dónde viene ni cuándo me va a atacar, a veces no puedo evitarla.

Jay ya se está levantando, no sé si más decepcionado que ofendido o al revés. Estoy abriendo la boca para disculparme cuando ya se ha dado la vuelta, llaves y cartera en mano.

No llega muy lejos: un cuerpo eternamente bronceado y macizo como un menhir le cierra el paso.

—¿A dónde vas, amigo? —le pregunta Magnus con una sonrisa afable que no le llega a los ojos. Espera una explicación con las

manos en los bolsillos del vaquero—. ¿Es que tienes que ir al baño o mover el coche aparcado en doble fila? Porque, si te vas, antes tendrás que pagar la cuenta... —y añade, agachando la barbilla en un gesto que solo él hace parecer intimidatorio—: Como hacen los caballeros con independencia del resultado de la cita.

Si Jay hubiera sido otra clase de hombre, habríamos atestiguado una escena bochornosa: le habría preguntado a Magnus quién coño es él, qué se ha creído, y lo habría apartado por un hombro para salir aún más indignado del *lounge*. Entonces, Magnus, que cuando se enfada olvida toda moderación y se convierte en alguien distinto, lo agarraría del hombro y repetiría su amenaza.

Como ya ha pasado otras veces.

Pero Jay es más humilde de lo que le he achacado en un principio —a lo mejor no sabe planchar, a lo mejor es la única camisa que tiene— y, sin oponer resistencia, saca un billete de veinte dólares del bolsillo y lo deposita sobre la barra.

Se marcha sin decir media palabra más, lo que me deja a solas con el hombre que directa o indirectamente ocasiona cada una de mis miserables inmolaciones.

Ahora que lo tengo delante, solo me reafirmo en el que es uno de mis primeros principios vitales: un hombre tiene que ser así, así como es él. Todavía nos separa una distancia de metro y medio, pero huelo el rastro de agua de colonia y *aftershave* que hace salivar. La camisa *slim*, de un blanco que contrasta con el moreno de playa, el vello oscuro y el tono desteñido de sus tatuajes, se le ajusta donde se tiene que ajustar, justo en la muñeca, justo en la cintura, justo en los brazos voluminosos.

No se aprecian arrugas, pero, aunque las hubiera, nadie las vería. A nadie le importarían.

Aunque mi examen no dura ni tres segundos, se da cuenta de cómo lo miro; exactamente como me mira él a mí.

La atracción nunca ha sido el problema.

Me gusta pensar que el amor tampoco.

—No hacía falta que lo amedrentaras. Yo me había ofrecido a invitarlo.

—¿Por qué? ¿Creías que se le había olvidado la cartera o se te había olvidado a ti de repente el sentido común?

Me alejo de su mirada directa clavando la vista al frente, en la inmensa estantería de licores iluminada por focos de luz anaranjada.

—Preocúpate de tu cita, mejor.

—No es mi cita —replica con las manos metidas en los bolsillos. Incluso sin mirarlo podría describir al dedillo su postura; se trata de un saber integrado en mis entrañas, algo relacionado con la intuición o con la magia—. Es Jackie, la nueva novia de mi amigo Pat. Él se ha tenido que desmarcar después de la cena porque le han llamado del trabajo con una emergencia y a ella le apetecía un digestivo, así que la he traído a mi sitio favorito de Los Ángeles.

—No tienes que darme explicaciones —balbuceo, pero siento que ardo por dentro de orgullo y de regocijo porque no haya olvidado el acto reflejo de contarme dónde ha estado y con quién, aunque ya no lo haga mientras se sienta en la isla de la cocina con un tarro de encurtidos y una cerveza y me mira frotar, ansiosa, una mancha de aceite de la encimera.

—Sí que tengo si no quiero que me apliques la ley del hielo. La he mandado a casa —continúa. Habrá leído en mi mente la duda y se sentirá lo bastante magnánimo para solventarla—. Tiene sentido del humor y es una mujer muy romántica, ¿sabes? Le he dicho que me apetecía ligar con la monada de la barra y me ha permitido ponerme manos a la obra. También es competitiva, por cierto; me ha apostado veinte palos a que no lo conseguiría porque estás totalmente fuera de mi alcance. Ahora no te quedará más remedio que hacerme el favor o sucumbiré a la ruina económica. —Levanta las cejas varias veces.

Me esfuerzo por contener una estúpida risa adolescente, la que solo él me saca con sus ocurrencias.

—¿Hacerte el favor de qué? ¿De dejarte ligar conmigo?

—Ajá.

—¿Qué has apostado con exactitud? ¿Que te invitaría a sentarte a mi lado?

—No pienso revelar mis cartas.

—Ni falta que hace. Si tu amiga Jackie ya no está en la sala, tus veinte «palos» no peligran, y te doy permiso para que le cuentes que conseguiste tu propósito. —Lo miro de soslayo con un nudo en la garganta—. Feliz cumpleaños, por cierto.

Porque, claro está, el hombre enamorado del amor y de todas las mujeres sin excepción solo podría haber nacido el catorce de febrero.

Se encarama al taburete que ha abandonado Jay sin que lo invite. *Clásico de Magnus.* Va por la vida pensando que la invitación está implícita en toda interacción social que improvise, y por eso siempre le ha ido bien.

Si yo soy la reina de la profecía autocumplida, él es el rey de la manifestación.

—Gracias, morenita. He echado de menos el mensaje seco y aburrido que me mandas todos los años: «Felicidades, Magnus. Pasa un buen día» —imita mi voz, más grave que aguda, con una solemnidad que podría haberme hecho reír—. Imagino que estabas demasiado ocupada eligiendo qué ponerte para la cita como para escribirme. No me voy a enfadar, si es el caso. Ese vestido vale por el sacrificio de todas las felicitaciones que me deberás de aquí al fin de mis días. Y el cuerpo que lo luce, más todavía.

Un cosquilleo familiar me agarrota el estómago. Lo llaman mariposas, pero lo que me ocupa las entrañas por la fuerza cuando me dice algo bonito es una cosa mucho menos inofensiva y con un pronóstico de vida inmortal.

Podría ser el ave fénix.

—Tavish me dijo que ibas a montar una fiesta este fin de semana, y como no recibí invitación supuse que a ti te daría igual si recibías mi felicitación.

Magnus se ríe por lo bajo. Lo miro de soslayo, el perfil de la nariz hebraica, el volumen de los labios y la sombra perenne de la barba.

Ya no la lleva tan copiosa como antes. Se ha cansado de los que eran para él rasgos representativos de su vanidad, lo que no significa ni por asomo que haya dejado de ser un auténtico presumido. Solo hay que mirarle el reloj de marca, combinado con

las pulseritas que Tavish le hizo en el campamento, y el cinturón de ochocientos dólares.

—Ya —suspira, risueño—. Me podía imaginar que tu silencio se debía a alguna de las impostergables obligaciones que tienes como presidenta de la asociación de mujeres más orgullosas del planeta.

—Asociación de la que solo yo formo parte.

—Por supuesto. No creo que haya nadie tan comprometido con la causa como tú. ¿Entonces? —se gira hacia mí y apoya la barbilla en la mano para dedicarme su entera atención. No iba a permitir bajo ningún concepto que la conversación se fuera a pique. Incluso cuando me encierro en un terco silencio, él sigue remando hacia mí: si hubiera sido Ulises, habría regresado a Ítaca en diez minutos—. ¿Qué tal ha ido? La cita, digo. Y no te inventes un teatro, hazme el favor. He tenido suficiente con la escenita de leerle la mano. A veces eres difícil de mirar, cariño.

Podría haberme ruborizado de vergüenza, pero nunca se desprende de la dulzura con la que suele hablarme, ni siquiera para hacerme reproches o burlarse de mis neuras.

Sé que lo hace en deferencia a mi sensibilidades, porque sabe que soy la primera que sufre cuando le da una neurosis. Me consta que, si yo fuera de otro modo, se atrevería a enfadarse conmigo más a menudo.

—Le he acusado de impuntual, grosero, aprovechado, aburrido y hasta mala persona cuando yo me había equivocado de hora y solo estaba nervioso.

Magnus se muerde el labio y menea la cabeza reafirmándose en que no tengo remedio.

Y es verdad.

—Siempre tienes demasiadas cosas en la cabecita y muy pocas son buenas. No hay manera de que dejes de pensar, pensar y pensar, ¿eh?

Este es un rasgo de mi carácter que descubrió hace mucho tiempo y que, por suerte, aprendió a encajar con sentido del humor. Es, no obstante, uno de los defectos que más le sacaban de quicio —mi «talento para la fantasía», como él lo llamaba—: el que

consiste en ponerme en lo peor, convencida de que el mundo entero conspira en mi contra.

La última vez que discutimos a voz en grito, una semana después del divorcio, me cogió de la cabeza con las dos manos y me presionó las sienes. Tenía los ojos llenos de lágrimas de dolor y rabiosa impotencia, y me miraba de un modo en el que no me ha vuelto a mirar, hecho a la miserable idea de que no existía ni existiría nunca vía humana para solucionar lo nuestro: «¿Cómo lo hago para metértelo en la cabeza? ¿Cómo lo hago? Dime cómo hacerlo».

—Se parecía un poco a mí, ¿no? —insinúa, mirando al techo con aire distraído.

—¿Quién? ¿Jay? —jadeo una risotada—. Ni de broma.

—Un poco, y tú lo sabes. En la forma de la cara.

—¡Para nada! Es más esbelto que tú y no tiene tatuajes.

—¿Y los ojos verdes qué? Solo un dos por ciento de la población los tiene. Qué casualidad que tu nuevo pretendiente entre en el pequeño porcentaje.

—En el último año he acudido a la friolera de ciento sesenta y dos citas —le espeto a la defensiva. Siento que es lo que tengo que hacer, defenderme de cualquier acusación que insinúe que todavía lo busco a él—. Te aseguro que es casualidad que el de hoy tuviera los ojos verdes. Y, de todos modos, eran verde agua, no verde oliva como los tuyos.

—Ciento sesenta y dos citas —repite, y no me sorprende. Recoger la puntualización de la tonalidad de sus ojos para regodearse o devolverme el cumplido implícito habría sido un flirteo de principiante, uno demasiado fácil y manido para un profesional como él—. ¿Ninguno ha estado a la altura o qué?

«¿A la mía o a la tuya?», podría haber retrucado. Pero a Magnus no se le puede tender la mano en ningún sentido, ni siquiera si es con la intención de arrearle una bofetada; él te coge del codo sin pensarlo, te pone contra la pared, te levanta la falda, y...

En fin, se te acabaron las ganas de vacilar.

—Sinceramente, no. Al principio estaba convencida de que al menos un hombre en toda la ciudad de Los Ángeles conseguiría romperme los esquemas. Estamos hablando de un censo de casi

cuatro millones de personas, de las cuales al menos la mitad se considerarán de género masculino. Incluso si de esos dos millones excluimos a los mayores de cincuenta y cinco, a los casados, a los gays, a los que tienen antecedentes penales y a los que podrían no gustarme, deberían de quedar, por lo menos, cincuenta mil hombres. ¿Dónde coño están?

—Empezaste el año pasado y ya llevas ciento sesenta y dos de cincuenta mil. A mi modo de ver, estás en racha. De hecho, vas a un ritmo cojonudo. Enhorabuena.

Fingiendo que no me molesta que me arroje a los brazos de otro(s), le lanzo una mirada exasperada.

—¿No crees que ciento sesenta y dos es un número más que suficiente para hacer un estudio sociológico? No es una locura concluir que, si no me ha interesado ninguno de la pequeña muestra demográfica, no me interesará el resto.

—No todo cabe en una probeta, o, en este caso, en un porcentaje, y el amor es una de esas cosas. Pero si lo que quieres que haga es darte la razón, si lo que quieres es que te diga que dejes de tener citas, te lo diré: deja de tener citas —sentencia, sosteniéndome la mirada con una seriedad que intenta disfrazar de desenfado. Con el resto del mundo es al revés: intenta disfrazar su desenfado natural de solemnidad—. En tu caso es una pérdida de tiempo.

El corazón se me para.

—¿Por qué? Sé exactamente lo que quiero y tengo la disciplina de ir a por ello.

—Sabes exactamente lo que quieres, y ese es el primer problema. Que no tengas la disciplina de ir a por ello —continúa con un cabeceo— es el segundo.

Le aguanto la mirada sabiendo a la perfección a qué se refiere.

—Disciplina no sería la palabra. Lo que me falta, en ese caso, son ganas de sufrir otra vez.

—No diría que sean ganas de sufrir. A lo mejor lo que te falta es valentía o simple humanidad; ¿no se supone que el hombre es el único animal que tropieza con la misma piedra? ¿Por qué tú sigues en equilibrio?

—Porque yo soy una mujer. Y tropezar con la misma piedra dos veces, salve, pero una tercera ya no me caigo, te lo aseguro.

Magnus finge respetar mi determinación sosteniendo el silencio en su nota más aguda, ahí donde a mí me empieza a molestar en los oídos. Pero más me molesta reparar justo entonces en que los altavoces reproducen una canción de Jeff Buckley. Es, para colmo, la que Magnus me cantó al oído la primera vez que me dijo que me quería; también cuando bailamos a las puertas del juzgado donde formalizamos nuestro matrimonio en un arrebato de irresponsabilidad. La que, en general, siempre he asociado a nuestra tempestuosa relación: «*Maybe I'm too young to keep good love from going wrong, but tonight you're on my mind*».

Se esfuerza por aparentar que se halla cómodo en mi presencia como sí me consta que suele estarlo de verdad con cualquier otra compañía femenina que no sea yo. Antes me regocijaba diferenciarme de las demás en que le sacaba de quicio, en que le brindé un hijo —la alegría de su vida— y en que las ganas de mí se le manifiesten de una forma tan violenta como irresistible, como percibo en sus puños crispados y su sonrisa apagada por la necedad inevitable de estar una vez más aquí, conmigo: la historia de nunca acabar.

Ya no me regocija nada de eso porque ya no tengo veinte años.

—Ronda de confesiones —retoma él después de una inspiración que lo vigoriza y le devuelve no solo la jovialidad, sino algo tremendamente peligroso y perjudicial para mí: la osadía. Golpea la mesa con los nudillos imitando una melodía de siete notas y se yergue—: He venido porque sabía que te iba a encontrar aquí.

—¿Qué? —se me entrecorta la respiración—. ¿Cómo te has enterado?

—Tavish.

«Ay, Tavish», suspiro para mis adentros. No pierde la esperanza de que su padre y yo volvamos a estar juntos. Y aunque muchas veces lo he confrontado al respecto y he recurrido a largas justificaciones, parábolas con moraleja —le escribí un cuento explicándolo con peras y manzanas, por Dios santo— y hasta sobornos para quitarle la idea de la cabeza, no hay quien lo disuada.

La última vez que fui a terapia, y he aquí la razón por la que la dejé, la psicóloga me dijo: «¿No te parece ingenuo creer que puedes convencer a tu hijo de que no volverás jamás con su padre cuando no te has podido convencer ni a ti misma?».

Yo no pago para que me arruinen el día.

—¿Qué pretendías hacer, si no es mucho preguntar? ¿Sabotearme la cita?

—Contaba con que ese trabajo lo hicieras tú solita. Es tu especialidad. —Me guiña el ojo.

—Pero poniendo que hubiera salido bien...

—Habría esperado a que os despidierais en la puerta.

—¿Y si me marchaba con él a su casa?

Magnus hace una mueca cómica para sintetizar el absurdo de la posibilidad.

—¿En qué planeta? Por lo que sea, morena, me consta que no te acuestas con nadie en la primera cita.

Me cruzo de brazos para blindar mi protección.

Me siento terriblemente vulnerable cada vez que me recuerda que lo sabe todo sobre mí.

—A lo mejor sí lo hago y tú fuiste la excepción.

—Si eso es verdad, mejor para mí. Me gusta cómo suena lo de ser tu excepción.

Nunca dejo de alucinar con su descaro. Es el hombre con el que he estado diez años casada el que me dice que le gusta cómo suena la idea de ser mi excepción. Es el hombre que me ha visto más veces desnuda que vestida, enajenada en plena crisis de ansiedad; llorando, disociada, en el entierro de mi padre y, con perdón por lo explícito, pariendo entre fluidos y berridos a su primogénito.

¿Qué se puede hacer en presencia de un hombre así, capaz de flirtear contigo como si no os uniera un matrimonio fallido, el cuidado de un niño adolescente y suficientes afrentas domésticas y personales para justificar una guerra perpetua?

Nada, no se puede hacer nada. Tienes que rendirte. Sobre todo porque no lo hace ni para burlarse ni con un propósito oculto. Él es así. Es ese chico que se sentaba en el pupitre que quedaba inmediatamente detrás del tuyo y dedicaba la jornada lectiva a darte

pataditas en el asiento, a jugar abstraído con tu pelo y a mandarte notitas recordándote lo mucho que le gustas; ese chico al que no le importaba si, para final de curso, le hacías caso o no, porque él se prestaba a la dinámica por adicción a la dopamina y simple y llano amor al arte del coqueteo.

Si alguien se ha preguntado alguna vez cómo sería ese chico en la edad adulta, a los maravillosos cuarenta y seis años, tiene frente a mí la respuesta.

Para él no pasa el tiempo.

En un impulso del que siento que depende mi vida entera, me pongo de pie. El chirrido del taburete incomoda a Magnus, al que le explico secamente que necesito ir al baño antes de huir en desbandada con el bolso bien agarrado.

Cualquiera que se entere de lo que pretendo se burlará de mí: «¿En serio? ¿Marcharte sin despedirte del padre de tu hijo con el burdo pretexto del excusado?». A lo que yo respondería con llaneza: «Bueno, el padre de mi hijo no es el padre del tuyo. Si lo fuera, lo entenderías».

Paso por el baño antes, aun así, porque siento su mirada prendida del bajo de mi vestido con una cierta intención amenazante —*te estoy observando*— y porque necesito echarme agua en la cara y el cuello.

Reconozco el rostro que me devuelve la mirada en el espejo, o, mejor dicho, reconozco su expresión. Es única en su clase porque solo me la dejan estos confusos reencuentros con él. Mis ojos brillan con la ilusión de una primera e inmejorable cita, pero la experiencia, que es lo que me ayuda a adelantar su desenlace fatal, hace temblar mi barbilla y mis labios.

Apoyo los cantos de las manos en el lavabo y me permito derrumbarme un momento con los ojos cerrados. Pienso en mi amigo Xavier, que trabaja como guionista en Glendale, California, y en aquella vez que vino a consolarme con una botella de vino y un bolsón de chucherías. Lo único que conseguí decirle en pleno ataque de llanto fue: «Si mi vida fuera una película o una novela romántica, ¿qué solución te inventarías para garantizarme un final feliz?». Él me miró a los ojos con esa expresión de dulce condescendencia tan

suya, tan incomprensiblemente alentadora, y me dijo: «Te haría una lobotomía, cielo. ¿No ves que estas cosas te las haces tú sola?».

Sé quién ha empujado la puerta del aseo por la prudente lentitud con la que se va abriendo. No es una manera de pedir permiso, es una manera de prepararme para su entrada.

Magnus cruza el umbral en silencio, ya sin rastro de sonrisas encantadoras o desenfadadas, y me rodea con los brazos por detrás.

La piel se me pone de gallina cuando presiona los labios contra mi cuello desnudo.

—Qué bien hueles, Dios mío —murmura con una ronquera estremecedora—. No puedo.

Me acaricia la curvatura del hombro con la boca entreabierta, y entonces yo estoy categóricamente perdida por un momento. Le cubro las manos que ha entrelazado sobre mi vientre, como las entrelazaba cuando estaba embarazada y yo le permitía acercarse —rara ocasión—, y me encomiendo a la deidad para no derramar ni una sola lágrima.

Por culpa de no haberme encomendado también a Él para no decir lo que no se debe decir, acabo admitiendo en voz baja:

—Si seguimos con la ronda de confesiones, yo me he citado con Jay aquí porque es donde sueles celebrar tu cumpleaños.

—Ya lo sé.

Y yo sé que lo sabía, pero aun así me invade la rabia.

—Tú y tus respuestas de Han Solo. —Sacudo la cabeza, rabiosa por necesidad, y deshago su abrazo para encararlo—. ¡Claro que sí! ¡Tú lo sabes todo! ¡Lo sabes mejor que nadie!

Sus ojos me desafían. ¿A qué? A soltarlo todo, a lo mejor. Le gusta vaciarme de mis miedos e inquinas y luego cogerme en brazos, cuando soy ligera como una pluma y no tengo nada dentro salvo lo que siempre se queda: todo lo que lo quiero.

—Exacto.

—Y como lo sabes, decides hacer algo al respecto, ¿no? ¿Por qué no te quedas quietecito en casa, para variar, si sabes que te espero?

—Porque es de mala educación plantar a las damas.

—¡Si me plantaras, esto se acabaría de una vez por todas! ¡El juego se iría a la mierda! ¡Y tiene que irse a la mierda porque no es

divertido!

Magnus me escucha con esa máscara de indolencia de la que se vale para no devolverme las voces. Una vez me dijo que procura contenerse durante las discusiones porque sabe que si él también sucumbe a la desesperación, luego no habrá manera de arreglarlo.

—Mientras sepa que tú me puedes estar esperando aquí o en la China, yo iré. Así que a lo mejor, si quieres acabar el juego de una vez por todas, lo que debes hacer es no esperarme en ninguna parte nunca más.

—¡A veces ni siquiera te espero y aun así apareces! ¿Por qué tienes que aparecer?

—Creo que deberías enfocar tu rabia de otra manera si quieres ser fiel a la verdad. La pregunta sería, en todo caso, por qué te pones así cuando aparezco. Y al menos yo tengo muy clara la respuesta. Porque todavía me quieres —resuelve con suavidad. Todo mi cuerpo reacciona a su proclama como a un veneno, pero él no me permite contraatacar avanzando como quien no quiere la cosa con una mano en el bolsillo—, y, por suerte para ti, yo a ti te quiero incluso más.

—No digas estupideces. Te acepto un flirteo inofensivo y te acepto una copa. Te acepto hasta un beso. Pero no te voy a aceptar esto, Magnus Vass —lo acuso con el dedo. Intento ocultar o consolar mis temblores abrazándome el hombro contrario con el otro brazo—. Eso no. No a estas alturas.

—A estas alturas ¿de qué? ¿De noche? Porque creo que es la hora perfecta para...

—¡De vida, Magnus! ¡A estas alturas de vida!

Agarro mi bolso y huyo por piernas del servicio y del restaurante. Hasta que no se cierran las puertas del ascensor que conduce al parking del *lounge,* no me atrevo a respirar, y cuando lo hago, el aire que entra en mis pulmones está viciado de decepción.

Todavía me decepciona que no venga detrás de mí.

¿No es ridículo? ¿No es enfermizo?

Como siempre que me abruma el agobio, me rasco de manera compulsiva los brazos y el cuello, y poco importa si me abro heridas en la piel sensible.

«Tengo que dejar de ser así», me repito una y otra vez mientras cruzo el aparcamiento como un autómata buscando mi vehículo. «Tengo que dejar de comportarme como una adolescente, o, lo que es lo mismo, como una loca de amor frustrado».

A Magnus le importa un carajo que haya cumplido treinta y seis años —acababa de cumplir veintiuno cuando lo conocí, que se dice pronto—, porque después del indignado golpe de melena ha seguido mi estela y dice, haciendo retumbar su voz entre las columnas numeradas:

—Creo que estas alturas de vida son tan buenas como cualquier otra. Lo importante es que estemos vivos, que haya vida, ¿no? La altura da igual.

Freno en seco a unos metros de mi Porsche Cayenne y giro sobre los tacones.

Quería vociferar alguna de mis imperdonables lindezas, que nunca lo han espantado a pesar del daño que le han infligido, pero al verlo ahí parado, siendo aterradoramente honesto consigo mismo y con sus pasiones, solo se me escapa una pregunta desesperada.

—¿Qué te propones? No hoy, sino en los últimos meses. Desde que saliste del hospital ya recuperado del accidente. ¿O piensas que no me he dado cuenta de tus pequeños movimientos? Acompañas a Tavish a casa cuando le toca el fin de semana conmigo y te haces el el tonto postergando el regreso para ver si te invito a comer, merendar o lo que toque. Hablas de mí con nuestros amigos en común y te aseguras de que lo mencionen sutil o directamente aunque sean personas prudentes y más bien calladas. Sigues lo que hago en redes sociales...

—¿Y qué si te has dado cuenta? —contraataca con una ceja arqueada—. Me alegro. No pretendía disimular mis intenciones.

—¿Cuáles son esas intenciones?

—Las mismas que las tuyas cuando te quedabas a dormir una semana, y otra, y otra en el hospital mientras yo estaba inconsciente. Demostrarte que estoy a una señal de volver como un perro.

—¡Esas no eran mis intenciones! ¡Yo...! —Los ojos se me anegan de lágrimas de miedo y horror de solo pensar en aquellos días

aciagos, cuando había perdido la esperanza de volver a oírlo reír—. Estaba preocupada por ti. Era lo que tenía que hacer. Eres el padre de mi hijo.

—No me vengas con monsergas —interrumpe de mal humor, y avanza apuntándome con el dedo—. Coincido en que ese es uno de mis títulos más agraciados, sin duda del que más orgulloso estoy, pero antes de eso soy para ti el cielo y el infierno. Me lo dijiste tú misma.

El recordatorio de mis arrebatos emocionales a los pies de su cama me genera una fuerte sensación de injusticia, porque incluso si esas palabras iban dirigidas a él, no fueron pensadas para que las oyera.

Se me suben los colores y, decidida a ahuyentarlo de una vez, espeto:

—¿A qué viene la encerrona? ¿Es que te has cansado de repente de ir de cama en cama? ¿Te has hartado del mundillo sadomasoquista, *swinger* y fetichista? ¿O es que has visto que has cumplido cuarenta y seis años y te ha dado miedo verte tomando Viagra con cincuenta para acostarte con tu sumisa de veinticinco? Tiene que ser eso —asiento con una sonrisa gélida—. Claro que sí. Se te ha echado encima el pánico a la vejez y a la muerte y solo entonces te has acordado de mí, la mujer comodín, para que te apañe los ardores de la mediana edad.

Él ni se inmuta con la acusación. A diferencia de mí, Magnus tiene una tolerancia de acero al reproche y los comentarios malintencionados.

—No te voy a negar que ha sido una experiencia cercana a la muerte lo que me ha abierto los ojos. No te voy a negar, tampoco, que me gusten la fiesta y el sexo. Pero sobre todo, no voy a negar que haya pensado en ti. Eres como mi nombre, Leila —se señala la sien—; una cosa tan integrada en mí como la identidad y que deambula por mi mente la necesite o no.

—No te lo crees ni tú.

—Puedo ir de cama en cama —insiste, acercándose poco a poco —. Sabes que me gusta y se me da bien. A lo mejor hasta me hace más feliz o, lo que no es lo mismo, me mantiene más

despreocupado que vivir contigo. Pero eso solo es una falsa impresión, porque me preocupo igual. A veces solo me pasaba de vez en cuando porque estaba furioso. Porque te odiaba. Ahora me pasa todo el tiempo: estoy con alguien y lo único que quiero es llamarte.

—¿Para qué? ¿Para discutir? —me desespero—. Esta es la tónica, Magnus. Pelearnos día sí y día también. Te sientes solo desde lo del accidente y recurres a la persona que estuvo cuidándote. Lo entiendo, de verdad. Pero no confundas una emoción con otra.

Magnus hace una mueca de exasperación.

—¿Cómo no vamos a pelearnos, si no paras de inventarte historias? Que si la edad, que si me siento solo, que si el miedo a ser un viejo verde... Ninguna de tus putas teorías contempla que a lo mejor lo que me pasa es que estoy hasta los cojones de fingir que no sé exactamente dónde está lo que me hace feliz, ¿eh? Eso no se te ocurre nunca. A eso no llega tu desbordante imaginación.

—Hacerte feliz —repito, perpleja. Mi corazón bombea con la ilusa esperanza de que sea cierto, de que de verdad yo sea la mujer que puede brindarle eso, pero sé que no. Sé que me engaña porque se engaña a sí mismo—. Nos hemos divertido y hemos... hemos creado juntos lo más bonito que se puede crear, pero ¿feliz? No he podido hacerte feliz nunca, Magnus, así que va siendo hora de que te preguntes por qué me quieres.

—Sé que te quiero y eso es todo, y no me cuestiono el trasfondo porque no soy la clase de hombre que duda de sus corazonadas o su instinto.

—Tú y tus frasecitas para enmarcar. —Sacudo la cabeza, nerviosa —. Si fueras sincero contigo, te dirías lo que no quieres oír: que lo que te gusta de mí es que soy la única que se te resiste.

Magnus suelta una carcajada tan sincera que me deja inmóvil.

—No voy a negar que tu categoría sea la de única en su especie, pero, cariño, te aseguro que a mí se me resisten todas. Soy el tipo divertido. El chico-puente. El rato de consuelo para recargar las pilas tras un duro desengaño, el trampolín para volver con tu verdadero amor o salir en su busca. Todas se me escabullen o me dejan, si es a lo que te refieres. Y a las que no me han dejado, las he dejado yo

porque no quiero engañar a nadie sobre lo que estoy dispuesto a dar, que en ningún caso es mi corazón. No me molesta ni hiere mis sentimientos que se me utilice, y ¿sabes por qué? Porque yo ya tengo a mi mujer. No tengo la necesidad de que ninguna se quede o se comporte como tal porque yo —repite, más despacio, y se planta a un palmo de mí con gesto solemne— ya tengo a mi mujer. ¿Me entiendes o no me entiendes?

Su proximidad acentúa mis nervios, haciéndome temblar como una hoja.

—Hace mucho que no estás conmigo.

—Eso no te impide ser mi mujer.

—Sales con otras y yo salgo con otros.

—Eso tampoco te impide ser mi mujer.

—¡Estamos divorciados! —insisto. Un sollozo me entrecorta la respiración, y aunque quiero retroceder para que no me alcance, no puedo, no puedo moverme—. Y te engañé. Y tú te vengaste.

Él sacude la cabeza dulcemente.

—Sigues siendo mi mujer y yo sigo siendo tu hombre. Lo siento, pero es así.

—Magnus, no. —Lo freno poniéndole una mano sobre el pecho—. Acabamos por una razón.

Se encoge de hombros como si tal cosa.

—No la recuerdo.

—¡Porque lo quieres todo! ¡Las quieres a todas! ¡Incluso cuando parece que te conformas conmigo, yo sé que lo sigues queriendo todo y a todas! ¡Sé que yo sola no basto! ¡Sé que, aunque me respetes, buscas otros estímulos en otros sitios y eres infeliz quedándote conmigo!

—Esa no es la razón —replica con calma.

—¿No se supone que no la recordabas?

—La razón —me corrige en tono implacable, mirándome ahora con severidad— es que no confías en mí. La razón es que eres insufriblemente neurótica e insegura. Cada dos semanas te autoconvences de que te voy a abandonar como te abandonó tu padre y decides actuar en consecuencia perdiendo la cabeza.

—¡No metas a mi padre en esto! —lo amenazo con un débil balbuceo.

—Pero yo nunca te he abandonado. Mira atrás y dime, si no, cuándo lo he hecho.

Nunca, es verdad.

Nunca.

Fui yo la que empezó a rehuirlo cuando descubrió que le iba el sadomasoquismo, espantada a causa de la inexperiencia de los veintiún años. Fui yo la que, después de volver porque lo echaba terriblemente de menos y mostrarse dispuesta a probar su forma de vida, se marchó de nuevo al conocer la insaciabilidad de su deseo y la ingobernabilidad de su espíritu nómada. Fui yo la que intentó que obviara que me había quedado embarazada y le insistió hasta el aborrecimiento para que se desentendiera. Fui yo la que rechazó sus tres primeras propuestas matrimoniales, convencida de que me lo pedía porque era lo correcto, porque se sentía culpable, nunca porque me quisiera de corazón. Fui yo la que interpretó su distancia emocional, su silencio y su mal humor al final del matrimonio como que ya no me amaba y por eso buscó afecto en otra parte.

—Leila —cambia de enfoque moderando el tono—, si todo esto es porque me encanta el flirteo y te preocupa que no me sienta revitalizado sin él, ¿qué tienes que temer? ¿Acaso he renunciado al flirteo y el cortejo mientras he estado contigo?, ¿contigo, a quien hay que conquistar todo el tiempo? No puedo relajarme a tu lado. Más de diez años juntos y nunca he sabido cómo coño vamos a acabar la noche, si de los pelos para mal... o de los pelos para bien. Así es como me gusta, joder. Soy un amo sadomasoquista. Soy sádico. Soy masoquista. Me lo he pasado en grande siéndolo en la cama con otras mujeres, pero fuera de ella, tu sadismo y tu masoquismo es lo que me hace sentir vivo. Como ves, se juntan el hambre y las ganas de comer: que eres lo que quiero y que me gusta lo que me das.

Son solo palabras. Lo mismo que me ha embaucado otras veces. Lo mismo que hemos traicionado otras tantas, él y yo, ninguno en mayor medida que el otro. Pero cuando las dice nunca son insignificantes ni un engaño. Me consta que, cuando promete, lo

hace de corazón. Le encanta armar estos escándalos, declarar su amor a lo grande. Le hace sentir importante, especial, y, aparte de eso, también le encanta dejarme sin palabras, dar mi brazo a torcer y allanarse el terreno para que no se me ocurra rechazarle un beso.

Magnus ya va camino de reclamar lo que sabe que se ha ganado tomando mi rostro entre sus manos y acercándome a él, a mi ojo del huracán, a la piedra-imán que garantizará el decimocuarto tropiezo.

Cierro los ojos y me entrego con un suspiro quebrado a lo que desee hacer de mí, que es una mujer dichosa, celebrada, sin edad, pasado, futuro u obligaciones; una mujer con la única responsabilidad de decidir si responder a la dulce presión de sus labios o ponerle freno.

No le pongo freno. Claro que no. Es un misterio que ni Tavish ni nuestros amigos en común hayan salido escaldados habiendo vivido en la línea de fuego que nosotros ocupamos sin decidirnos entre cruzar a un lado o el otro; estamos atrincherados en el término medio, donde creemos que nada nos puede hacer daño y sin embargo no hace otra cosa que herirnos de muerte.

Sí, es un misterio que nadie nos haya abofeteado a ambos, a mí primero, luego a él, para ponernos en nuestro sitio, porque nos comportamos como adolescentes.

No tenemos veinte, tenemos dieciséis años.

Y es verdad que no es el padre de mi hijo.

Es mi amor.

Ignoro las lágrimas que corren por mis mejillas para devolverle el beso con fervor desesperado, sujetándolo primero por el cuello, luego por los hombros, por la cintura, lo toco a todo él como lo habría tocado cuando despertó o cuando le dieron en el alta en el hospital solo para asegurarme de que no estaba soñando. No lo hice entonces porque comprendí que mi derecho a decirle que lo quería en una letanía sin fin, como quien ora rosarios hasta el desvanecimiento, se había agotado y tocaba regresar a la cruda realidad en la que ya no éramos nada. Ahora puedo confirmar lo que me fue vetado —por orgullo o por sentido común; a menudo una cosa y otra se desdibujan— manoseando a placer ese cuerpo que es el mío, es más mío que suyo, más mío que de ninguna otra mujer.

Lo habría besado hasta convencerme de que es lo correcto. No lo hago, y no porque haya recordado que soy una mujer adulta y que debo tomar decisiones razonables. Me separo precisamente porque tengo dieciséis años y no hay que ponerse en bandeja.

El corazón se me conmueve al verlo mantener los ojos cerrados, los labios reclamando el resto del beso, y le cubro la mejilla con una caricia.

—Vete a casa, Magnus —murmuro con dulzura—. Tú y yo sabemos cómo acaba esto.

Me doy la vuelta y me encamino al Cayenne con brío y ninguna confianza en lo que he dicho y hecho. Él sigue allí parado, claro, con la marca de mi pintalabios en la boca y las comisuras, en la barba y, sobre todo, en la mirada.

Ningún hombre ha renacido tanto jamás con un beso como el que me dice desde el pasillo:

—Pero ¿y si no acabara?

Espero a haber abierto la puerta del vehículo para arrojarle una mirada inquisitiva por encima del capó.

—También sé cómo continúa.

—Entonces no te extrañará que te llame mañana.

—No te lo voy a coger —contesto, y me interno en el asiento del piloto para cerrar de un enérgico tirón.

Ya he arrancado el motor y puesto en marcha las ruedas para efectuar la maniobra de salida cuando un golpe en el capó me sobresalta: Magnus ha plantado las manos encima y espera con gesto expectante a que me fije en el movimiento de sus labios.

No solo lo leo, sino que también lo oigo gracias a la ventanilla bajada.

—Cógemelo. Recuerda que sé dónde vives.

—No te abriré la puerta.

—Me colaré por la ventana. Me voy a colar por la ventana ahora mismo, de hecho.

Amenaza con rodear el vehículo y yo, como si de verdad le tuviera algún miedo, exclamo:

—¡Vale, vale, te cogeré el teléfono!

Él sonríe, satisfecho, y alza las manos mientras se retira de la trayectoria del Cayenne. Observa mi breve maniobra recostado en la gruesa columna del aparcamiento, y cuando estoy a punto de perderlo de vista, se asegura de colocarse donde el espejo retrovisor pueda captar que forma una bocina con las manos y exclama:

—Te quiero, morena. No me vuelvas a dejar colgado.